

deliciosas palabras que se pronuncian a media voz: el amor renace en los corazones, como las hojas en el bosque.»

## XXXII

\* \* \*

Cuando os congregáis multitudes tumultuosas, para ir a perseguirle hasta su soledad, excitándoos unos a otros, furiosos, encarnizados, el verdadero pueblo, el pueblo serio, que creía al oír vuestros alaridos que ibais buscando a un dragón en su antro, dragón de ojos ardientes y de vientre escamoso, se asombra al darse cuenta de que es objeto de vuestras persecuciones un hombre pensador, misterioso y bueno.

21 de abril de 1839.

## XXXIII

## LA SOMBRA

El le decía:—«Tristes son vuestras canciones. ¿Qué tenéis? Ángel inquieto, ¿por qué empañan las lágrimas vuestros dulces ojos? ¿Por qué como junco doblado por una ráfaga de viento, inclináis la frente, que está más sombría por momentos? Debéis regocijaros porque llega la primavera, la hermosa estación del mes de abril, los céfiros, los aromas, las canciones, los besos, las sonrisas y las

Ella le respondió con voz sonora y grave:—«Amigo, vos sois muy fuerte. Seguro de que Dios os encamina, teniendo la vista fija en un objeto, seguís vuestro camino, marchando recto y orgulloso, sin miedo al mañana, sin inquietaros por el pasado, y nada puede turbar, arrebatada toda vuestra alma, la hermosa visión que os oculta la vida. Pero yo lloro. Silenciosa, siguiendo vuestros pasos, alcanzada por los golpes que vos no sentís, teniendo el corazón semejante al vuestro, excepto en abrigar esperanza, sufro en este mundo, mientras vos cantáis en otro distinto. Todo me entristece; el porvenir que yo veo al resplandor de una luz engañadora, la agria razón que rechaza al amor, y los punzantes celos, cuando otra mujer pretende conseguir de vuestros ojos una de esas miradas que trastornan el corazón, y la suerte, que nos persigue sin cansarse jamás. Cuanto más brilla el sol, estoy yo más sombría. Vos camináis, yo os sigo; andáis, y yo tiemblo, y mientras que, formando mil proyectos entre los dos, parece que vos ignoréis todos los ángulos difíciles que hay que cruzar en la tierra, yo me arrastro siguien-

«o vuestros pasos, pobre mujer herida. La sombra proyectada por un cuerpo erguido, aparece a veces quebrada.»

Abril de 1839.

gos del amor, perdidos en el fondo del bosque, y el árbol bajo cuya copa, al confundir sus almas cambiando sus besos, se olvidaron de todo.

\* \*

## XXXIV

## TRISTEZA DE OLIMPIO

No estaban oscuros los campos, ni los cielos silenciosos; el día brillaba en la azul e inmensa esfera de los cielos, el aire era perfumado, las praderas aparecían verdes cuando volvió a ver aquellos sitios, en los que tantas heridas había recibido su corazón.

\* \*

Sonreía el otoño; los collados hacia las llanuras inclinaban sus árboles frondosos, que empezaban a amarillear; el cielo estaba sereno, y los pájaros, elevando las miradas a lo alto, decían quizás a Dios algo del hombre en sus cánticos sagrados.

\* \*

Quiso volver a verlo todo; el estanque que está junto al manantial, la casucha donde la limosna vació su bolsa, el antiquísimo fresno, los sitios retirados testi-

Buscó el jardín, la casa aislada, la verja tras la que se sumerge la vista, en una oblicua calle de árboles, y se ven los vergeles en declive. Caminaba pálido y pensativo, y al ruido producido por sus pasos, veía detrás de cada árbol levantarse la sombra de los pasados días.

\* \*

Oía susurrar en el interior del bosque querido al delicioso viento, que pone en conmoción nuestras almas, despertando en ellas el amor, que, agitando la encina o balanceando la rosa, parece ser el espíritu universal que va posándose sucesivamente sobre todos los objetos.

\* \*

Las hojas caídas en el bosque solitario, que al pisarlas se levantaban del suelo, corrían por el jardín; no de otro modo, algunas veces, cuando el alma está triste, nuestros pensamientos vuelan por un momento con alas descompuestas y vuelven a caer de repente al suelo.

las misteriosas azadas que atan  
nuestros corazones.

\* \*

Contempló durante mucho tiempo las magníficas formas que la naturaleza ostenta en los campos sumidos en la calma, y estuvo allí pensativo hasta la noche; todo el día vagó a lo largo del barranco, admirando sucesivamente el cielo que no es otra cosa que la faz divina reproducida por el divino espejo del lago.

\* \*

¡Ayl Recordando sus amorosas aventuras, lo escudriñaba todo, y absteniéndose de entrar en los sitios cerrados, como un paria, anduvo errante durante todo el día. Al anoecer, sintiendo que la tristeza le oprimía el corazón, exclamó:

\* \*

—«Visitando estos sitios con el alma conmovida, quise saber si la copa conservaba todavía el licor que en otro tiempo contuvo, quise ver qué había hecho este dichoso valle de los recuerdos que de él había conservado mi corazón.

\* \*

«Poco tiempo es suficiente para cambiarlo todo! La tranquila naturaleza todo lo olvida, y rompe en sus continuas metamorfosis

\* \*

«Nuestros rústicos asilos de hojarasca se han convertido en inextricables malezas; el árbol en cuya corteza escribimos nuestros nombres está ya derribado; nuestras rosas han sido saqueadas en los cercados por los niños que jugaban saltando el foso.

\* \*

«Una pared cegó la fuente donde en las horas calurosas ella bebía al bajar de los bosques; loqueando, cogía el agua en el hueco de su mano y dejaba caer líquidas perlas de entre sus dedos.

\* \*

«Han empedrado el camino áspero y desigual, que entre la arena se dibujaba bien, de cuya angostura nos relamos con frecuencia, porque con frecuencia le recorríamos los dos estrechados uno contra otro.

\* \*

«Aquí falta un trozo de bosque y allí está más frondoso; no queda casi nada vivo de lo que ayer contemplé; y como un montón de ceniza apagada y fría, el montón de mis recuerdos se dispersa a todos los vientos.

\* \*

«No volverán jamás para mí esas dichosas horas ya pasadas? ¿Acaso nuestra existencia ha terminado ya? El aire juguetea con las hojas llevando consigo mis quejas y la casa me mira como si va no me conociera.

\* \*

«Otros pasan ahora por donde antes nosotros hemos pasado; como nosotros vinimos aquí, otros vendrán; y el sueño que empezó a bosquejarse en nuestras dos almas, otros le continuarán sin poderlo terminar quizás.

\* \*

«Nadie en el mundo termina ni concluye nada, ni los peores ni los mejores de entre los mortales; todos nos despertamos en el mismo punto del sueño; todo empieza en este mundo y todo termina fuera de él.

\* \*

«Vendrán otros felices amantes a disfrutar en este delicioso refugio, reunidos en alegres parejas, todo lo que la naturaleza, al amor que se esconde, presta de fantástico y solemne.

\* \*

«Otros desconocidos vendrán a gozar de nuestros campos, de nuestras grutas, de nuestros retiros; y otras mujeres, que indiscretamente vendrán aquí a bañarse, turbarán el agua pura que en otros días bañó tus pies desnudos.

\* \*

«Inútilmente hemos sentido aquí mutua adoración; nada resta ya de estos floridos sitios, en los que confundíamos nuestras dos existencias, participando de la misma pasión; ¡la impasible naturaleza todo lo ha cambiado!

\* \*

«Decime, barrancos, arroyos, vides, grutas, bosques y malezas: ¿vais a elevar vuestros murmullos para otros amantes, vais a prodigarles vuestra sombra y vuestros olores, y olvidarnos a nosotros, tan identificados con vuestra belleza, que prestábamos de continuo atención á vuestros rumores sin tratar de turbar vuestros misterios?

\* \*

«Responded, valle puro, hermosa soledad, que la naturaleza abriga en tan hermoso retiro: cuando

dormiremos los dos en la actitud nuestro amor, y obliga al valle que da a los muertos la forma de lugar de nuestras delicias a borrar la tumba, ¿seríais capaces de nuestras huellas y a olvidar nuestros nombres. ser insensibles hasta el punto de creer, sabiendo que hemos abandonado esta vida, muertos nuestros amores y continuar, sin embargo, sonriendo y halagando a otros amantes?

\* \*

»Cuando veáis vagar por vuestros senderos nuestras sombras, que recorrerán vuestros montes y vuestros bosques, ¿no nos contaréis ya esos secretos, que se revelan a los amigos antiguos cuando los volvemos a ver?

\* \*

»Y si en escondido retiro de vuestros bosques, ocultos en la espesura, dos amantes se acarician tiernamente, ¿no murmuraréis a su oído estas palabras:— Ahora que gozáis de la vida, pensad en los muertos?

\* \*

»Dios nos concede prestadas por un momento las praderas y las fuentes, los bosques susurrantes, las rocas mudas, los cielos azules, las llanuras y los lagos, para halagar nuestros corazones, nuestra fantasía y nuestro amor; después nos priva de ellos; apaga nuestra llama, sumerge en la noche el antro donde irradiaba

el valle que da a los muertos la forma de lugar de nuestras delicias a borrar nuestras huellas y a olvidar nuestros nombres.

\* \*

»Pues bien; olvidadnos, casa, jardín, arboleda; hierba, borra los caminos que hemos recorrido; abrojo, esconde nuestras huellas; cantad, pájaros; corred, arroyuelos; creced, ramas y hojas, que aquellos a quienes habéis olvidado nunca se olvidarán de vosotros.

\* \*

»Vosotros habéis sido para nosotros, la sombra del amor en sí mismo, el fresco oasis que encontramos en medio del desierto; vosotros fuisteis el secreto refugio, donde ella y yo hemos llorado cogidos de las manos.

\* \*

Todas las pasiones se alejan medida que avanzan los años, llevándose unas la máscara y otras el puñal, como compañía de histriones que viaja cantando, y que desaparecen trasponiendo los collados.

\* \*

»Pero tú, amor, nunca desapareces; tú, que a modo de estrella o como antorcha luminosa disipas

nuestras nieblas; tu, a quien develada que palpita todavía... bemos la alegría y sobre todo las ¡Eres tú, que estás adormecido, lágrimas; tú, a quien en la juventud se maldice y en la vejez se adora, sagrado recordo!»

Octubre de 183...

\* \*

»En esos días en los que inclina la cabeza el peso de los años; cuando el hombre, que ya no forma proyectos, sin ilusiones y sin objeto, conoce que sólo es ya una ruina de sí mismo, en la que yacen derribadas sus virtudes y sus fantasías,

XXXV

LA MÚSICA DATA DEL SIGLO DIEZ Y SEIS

\* \*

»Cuando nuestro pensamiento descende hasta el fondo de nuestro ser a contar, en nuestro triste y helado corazón, como se cuentan los muertos en un campo de batalla, cuántas son las ilusiones disipadas y los dolores sufridos;

\* \*

»A la manera que aquel que busca con una lámpara en la mano, lejos de la realidad, lejos del mundo burlador, el pensamiento llega lentamente por obscura vertiente hasta el fondo desolado del abismo interior;

\* \*

»Y allí, en aquella densa obscuridad, el alma, en sus más escondidos repliegues, siente una cosa

Antiguos amigos míos, jóvenes en otro tiempo, que ahora, como yo, soportáis el peso de los años, ¿quién de vosotros, repetidas veces, cuando la aflicción ha torturado vuestro espíritu, no buscó la calma en las armonías de un canto? ¿Quién no dejó penetrar las melodías en su pensamiento, y sin olvidar a los seres queridos que fallecieron, no encontró satisfacción y lágrimas a un mismo tiempo oyendo los concertados sonidos de los instrumentos y la armoniosa cadencia de las voces humanas?

II

Escuchad, escuchad; a una señal del maestro el arco se precipita sobre todos los violines; la orquesta, estremeciéndose, se ríe en el sitio que en el teatro le está destinado. Así, por la tarde,

cuando del campo se escapa un sordo murmullo, oímos aunque no los vemos, la risa estridente de los vendimiadores en la viña. Como sobre la columna un frágil chapitel, el dulce son de la flauta eleva sus notas agudas. Las escalas musicales, castas hermanas escondidas, vaciando y llenando alternativamente sus ánforas inclinadas, se cogen de las manos y cantan por turno, mientras que ligero viento hace flotar a su alrededor, como ligero velo de un divino grupo, sus encajes de sonidos que el flautín recorta súbitamente. Ya suena el clarín; al oírle todo se despierta sobresaltado y salta a un mismo tiempo. Las cajas producen mil ecos, batiendo sus flancos enormes, y hacen aullar al rebaño de los instrumentos grandes, y el aire se llena de los acordes furiosos que lanzan las serpientes de cobre, vasto tumulto en el que se oye suspirar al oboe. De repente, de arriba a bajo, la cortina se corre, y sombría y viva toda la sinfonía aparece en un himno; después, como en un caos que volviera a apoderarse de un mundo, todo se pierde entre los pliegues de profunda niebla. Cada forma del canto pasa diciéndo:—«Basta!» Los sonidos chispeantes dispersados se extinguen. La noche que va esparciendo y agrandando sus vapores, borra el contorno de las vagas melodías. Los corazones escuchan y el alma se conmueve oyendo el

concierto que vuela a todos los vientos con alas de llama, oyendo ese mar en el que el creciendo hincha sus olas movedizas.

III

Poderoso Palestrina, antiguo maestro, antiguo genio, yo os saludo, porque sois el padre de la armonía; el gran río de la música que beben los humanos sale de vos como mana el agua de un manantial; Gulck y Beethoven, esas grandes ramas, proceden del árbol de vuestra inspiración y se han formado con vuestra savia; Mozart, vuestro hijo, ha tomado de vuestros altares esa nueva lira que los mortales desconocían antes de él y que sonó en el siglo diez y seis vigorosamente pulsada por vuestros dedos creadores, y a vos, maestro, se dirigen todos nuestros suspiros en cuanto una voz canta y en cuanto un alma responde a ella.

\* \* \*

Ese maestro, semejante al Creador, hizo brotar de su imaginación ese universo de sonidos dulces y sombríos a la vez, ecos del Dios oculto, del que el mundo es la voz. ¿Ese joven, hijo de la rubia Italia, se apoderó acaso del alma inmensa de ese pueblo llena hasta los bordes? ¿Qué soplo, qué trabajo, qué intuición le con-

virtió en gigante, en dios de las emociones, al que se dirigen todos los mortales, sobre el que se apoya la parte noble del corazón humano? ¿Dónde adquirió esa voz que oímos de rodillas? ¿Quién vierte en él lo que él a su vez, vuelve a verter sobre nosotros?

IV

¡Misterio profundo que envuelven las infancias sublimes! ¿Quién hace que nazca la flor en la pendiente del abismo y el poeta al borde de las pasiones? ¿Qué Dios hace aparecer a su vista fantasías extrañas, mostrándole al astro en la obscuridad, y de qué modo bajo un crespón negro ve la sonrisa embriagante de una beldad, el ideal, al través del transparente velo de la realidad?

\* \* \*

¿Quién coge de la mano a un niño desde la infancia y le dice:— «En la aurora de tu existencia y antes que el sol del mediodía haya marchitado tu corazón, ven, que quiero entreabrirte innumerables profundidades; ven, que quiero llenar de luz tus ojos ensombrecidos; ven, que quiero que oigas conmigo lo que sólo se explica más allá de este mundo, el murmullo confuso de las esferas y de las flores, porque, niño, sabe esto, el astro en el cielo y la rosa

en el jardín y todo aquello que es inocente en el mundo tartamudea como tú. Serás poeta, esto es, el hombre que ve a Dios. No temas a la ciencia, que aunque es áspero el camino que a ella conduce, es el que eligen los grandes corazones; la religión y la poesía esmaltan los dos bordes de sus matorrales florecientes, y tú puedes coger por el camino el espino blanco y las campanillas azules; andarás por él durante muchas leguas sin que te sientas dominado por el fastidio ni la fatiga. Ven, oye las vagas pláticas de la naturaleza; ve en cada objeto resaltar la parábola, en el ser universal contempla el eterno símbolo, el hombre y el destino, el árbol y el bosque, y contempla cómo, pendientes de las ramas los dolores que nos abruma, los consuelos para mitigarlos se inclinan hacia nuestras frentes, y contempla cómo, de un modo semejante al espíritu radiante del justo, el sol esplendente, encendido en los cielos, aparece como una gloria?»

V

Así también Palestrina, en el hombre y en la naturaleza debió oír esas voces y esos murmullos. En la edad en que el corazón sonríe, él, ya pensativo, debía haber recogido en su espíritu, como el río recoge en las ondas fugitivas, todo lo que caía en él de las nubes

o de las playas. Debió pasearse meditando desde la niñez por los campos desde la hora del alba; debió pasear por los sitios más recónditos de los espesos bosques y por el borde de los precipicios, unas veces sumido en la obscuridad, otras deslumbrado por quimeras, y abrir su alma cuando la primavera baña las flores del vergel en el agua de los estanques, cuando la hiedra sube enroscada a las ramas y cuando la hierba confunde, al mezclarlos, los botones de oro con las margaritas.

\* \*

En la hora indecisa del crepúsculo de la tarde, en la que todo se adormece, en la que el corazón olvida sus sufrimientos, los pájaros sus cantos y los rebaños dejan sus pastos, ¡cuántas veces ante su vista el carro de un labrador, grupo vivo de ruido de caballos y de voces, ha trepado con gran esfuerzo por el flanco abrupto de algún collado del bosque, por algún camino abierto entre las amarillentas tierras, mientras que cerca de un arroyo, que huía por entre alisos, oía el gemido en lontananza de una destemplada campana en el fondo de un valle obscuro...!

\* \*

¡Cuántas veces, prestando oídos al rumor de las cabañas, a la brizna de hierba que silba entre

dos piedras, al chirrido penetrante del zueco, la sombra entre las tumbas de los monjes, al campo dorado por el alba donde las mieses conversan entre sí, al inclinarse para vernos pasar, como un numeroso y soliviantado pueblo que se asoma al borde de los caminos; a la abeja que canta zumbando al hablar a las rosas: cuántas veces, escrutador tenebroso, sueña, tratando de explicar se qué es lo que se comunican entre sí!

\* \*

¡Cuántas veces, al anochecer, después de sus largos paseos, sin hacer caso al pasar de las serenatas que oía debajo de los balcones, cuando se retiraba contento, grave y mudo, algo extraordinario sentía moverse en su corazón! Abeja, elaboraba su miel, y por grados iba viviendo todo lo que fermentaba en su pensamiento, dedicándose al santo trabajo de los poetas

\* \*

En su cerebro, imagen del universo, el aire corría, los pájaros cantaban, las llamas y las olas se agitaban, y la cosecha de mieses doraba la tierra, y las casas y los montes se confundían en la obscuridad; llegaba la noche, que obliga al bruto a esconderse en su antro, al hombre en su morada, y los espesos bosques, que un

céfiro grato removía dulcemente, renaciendo gozosos al desaparecer el invierno, sacudían sus frondosos penachos verdes. ¡De este modo en espíritu, en forma, en sombra y en luz, el mundo entero se derramó en su alma!

VI

No fue pintor ni escultor; fué músico. Llegó, nuevo Orfeo, después del Orfeo antiguo, y así como el Océano sólo aporta sus olas, él sólo aportó al arte del misterio y de la vaguedad la lira que llora en voz baja, cantando en alta voz, que lleva a todos un sonido que cada uno traduce en distinta palabra; el laúd en el que se retrata de un modo inefable la indefinible fantasía que se disipa al rayar la primera luz de la aurora; porque él no veía nada por la parte brillante, porque su espíritu, del mundo que a su vista hormigueaba en la indefinida sombra, amortiguaba los colores y sacaba la armonía.

\* \*

Por eso siempre su himno, al descender del cielo, penetra en los espíritus por su lado religioso, como un rayo de luz por los cristales de una iglesia. Cuando oímos sus cantos, idealizados por nuestra alma, parece que sus armonías, hiriendo las fibras delicadas

del corazón, nagan sonreír al justo y meditar al perverso; parece que nos hacen respirar perfumes de incensarios y de cirios, y nos parece asistir a la aparición de uno de esos ángeles vírgenes, que Giotto soñaba y que el Dante veía; seres tranquilos que se ciernen sobre el mundo inquieto, con sus ojos azules, con su vestidura de ópalo, y que mientras en la esfera límpida se abre en el Oriente el punto de oro de una estrella, por un hermoso campo de tréboles vagan sonriendo.

VII

¡Dichosos los que vivieron en aquel sublime siglo, en que, lanzando todavía sus dorados reflejos en la cumbre del genio humano, el antiguo sol gótico moría en el horizonte! En aquel siglo, en el que llevándose a la tumba su secreto, muerta ya la catedral sobre una tierra infiel, no hacía ya brotar iglesias a su alrededor. Epoca inmensa, obstruida aún por todas partes, como una Babel arruinada en escombros, de torreones, de campanarios, de flechas entrelazadas, de vastos y diferentes edificios; enorme hacinamiento de genios y de piedras, que iba sepultándose poco a poco en la obscuridad; misterioso siglo, en el que la ciencia